

Paso Tres: Amplía tu perspectiva.

Un amigo pastor mío creció en una granja en la Península Superior de Michigan en los años 50. Era una zona rural y tranquila con grandes distancias entre las granjas familiares, pero los vecinos eran amigables y todos se conocían por su nombre.

Sus vecinos más cercanos tenían varios hijos. El más joven, Bobby, tenía cinco años cuando ocurrieron los siguientes eventos.

Era común que los niños que crecían en granjas empezaran a trabajar a una edad muy temprana. No sería inusual ver a un joven de 12 años conduciendo un tractor, arando los campos o entregando alimento al ganado. Pero generalmente a los niños de cinco años no se les permitía acercarse a la maquinaria agrícola.

Desde temprana edad, Bobby fue difícil. Como bebé, inconsolable; como niño pequeño, frecuentemente tenía rabietas; y como niño, estaba fuera de control. Cuando se le decía que recogiera sus juguetes, no lo hacía o lo hacía con insolencia. Con frecuencia lo sorprendían robando galletas o dulces entre comidas y a menudo tomaba juguetes que no eran suyos. Sus padres le instruyeron repetidamente que nunca, bajo ninguna circunstancia, jugara cerca de la maquinaria agrícola. Incluso lo amenazaron con nalgadas si alguna vez lo encontraban cerca de la maquinaria peligrosa, lo cual tuvieron que aplicar en más de una ocasión. Pero Bobby era un niño rebelde y desobediente.

Un día, cuando mi amigo tenía 15 años, mientras trabajaba en los campos, recibió la noticia de que «Bobby había resultado herido. Los vecinos nos piden que vayamos a orar por él». Bobby había estado jugando cerca de la maquinaria agrícola y sufrió lesiones graves que ponían en peligro su vida. En la década de 1950, en la Península Superior de Michigan, no había un 911 al que llamar, ningún helicóptero de Life Force para descender del cielo, ni equipos de emergencia esperando cerca, así que la familia hizo lo único que sabía hacer. Llamaron a sus vecinos, formaron un círculo de oración alrededor de Bobby y pidieron la intervención de Dios.

Mi amigo me contó su vívido recuerdo de ese día. Uno por uno, vecino tras vecino oró por Bobby; una oración que decía algo así: «Señor, Bobby está herido. Su vida pende de un hilo. Sabemos que puedes sanar, puedes restaurar, puedes salvar su vida. Venimos a ti humildemente ahora y pedimos, si es tu voluntad, por favor, restaura la salud de Bobby». Oración tras oración terminaba así: «Si es tu voluntad, que se haga tu voluntad...»

Luego, fue el turno de la madre de Bobby para orar. Ella dijo simplemente: «Dios, no me importa cuál sea tu voluntad. Si no sanas a mi hijo, nunca más te hablaré».

Lo que sucedió después es historia, así que te lo informaré. Bobby sobrevivió y creció para ser una plaga para esa familia y comunidad. Estaba constantemente en problemas, desobediente con sus padres y rebelde en la escuela. Se involucró en vandalismo, absentismo escolar, pequeños robos, alcohol y drogas. Robó dinero y propiedades a sus padres y vecinos y los empeñó por drogas, y pasó toda su vida entrando y saliendo de la cárcel.

Actualmente no tenemos el privilegio de ver con una visión eterna perfecta. No sabemos si Dios intervino para salvar a Bobby o si Bobby se recuperó por sí solo. Pero esta historia nos da la oportunidad de hacer preguntas, de explorar posibilidades, de considerar la vida desde una perspectiva más amplia.

¿Por qué Bobby, a la edad de cinco años, estaba en una situación de peligro de muerte? ¿Actuó Dios para amenazar la vida de Bobby, o fueron sus heridas una consecuencia directa de sus propias acciones? ¿Es posible que Dios interviniera para salvar la vida de Bobby? ¿Es posible que Dios conociera el corazón de esa madre y entendiera que ella le cerraría el corazón si no salvaba a Bobby, y Dios no quería perderla, así que intervino? ¿Es posible que, si la madre hubiera confiado en Dios y hubiera orado: «Dios, no quiero perder a mi hijo, pero no conozco el futuro. No sé cómo se desarrollará la vida; no sé qué es lo mejor. Pero sí sé que siempre haces lo mejor. Así que, Padre, confío en ti. Por favor, sana a mi hijo si es tu voluntad», Bobby no hubiera sobrevivido? ¿Es posible que su supervivencia se debiera a una falta de confianza en Dios, no a una gran confianza en Dios? Si la

madre hubiera confiado en Dios, ¿es posible que el Todopoderoso, conociendo el futuro, no hubiera intervenido para salvar a Bobby y, en cambio, le hubiera permitido morir por la consecuencia natural de sus heridas, ahorrando así años de angustia a tantas personas, incluido Bobby?

No sabemos si Dios intervino o no para salvar a Bobby, pero esta historia nos da la oportunidad de retroceder y ampliar nuestra perspectiva al lidiar con el dolor, el trauma y la pérdida en nuestras vidas (*Jennings, T., The God-Shaped Brain: How Changing Your View of God Transforms Your Life, InterVarsity Press, 2013, Downers Grove Illinois, p. 134–136*).

Ampliar nuestra perspectiva no significa que no debamos lamentar, sí lo hacemos y debemos lamentar. Sin embargo, ampliar nuestra perspectiva nos empodera para comprender y aceptar la pérdida de una manera que fortalece, en lugar de socavar, nuestra fe. Ampliar nuestra perspectiva es una oportunidad para confiar en Dios en los momentos oscuros, para decir a nuestro Padre celestial:

No sé por qué ha pasado esto, pero sé que Tú eres bueno. Confío en Ti, Señor. Sé que me sacarás de esto aunque no pueda entender por qué ha pasado. Mientras te miro, si es tu voluntad, ¿abrirías mi mente para entender estos eventos en armonía con tu perspectiva, para obtener alguna comprensión que me ayude a sanar?

Fui testigo de cómo Harold experimentó esto mismo en medio de un dolor increíble. Era un caballero tranquilo de 37 años remitido a mí para evaluación psiquiátrica por su oncólogo debido a una posible depresión relacionada con problemas del final de la vida.

Harold se estaba muriendo. Le habían diagnosticado un cáncer de esófago agresivo varios meses antes. Aunque estaba en tratamiento, su pronóstico era malo.

Cuando conocí a Harold, estaba luchando contra el miedo. No quería morir. Me dijo que era un cristiano de toda la vida que amaba a Dios y simplemente no entendía cómo esto le podía estar pasando a él. Anhelaba un milagro e incluso

había hecho que los ancianos de su iglesia oraran por él y lo ungieran con aceite, pero su condición no mejoró. Me dijo que estaba tentado a dudar: «¿Por qué me pasa esto a mí? ¿Acaso Dios no me ama lo suficiente como para sanarme? ¿No es mi fe lo suficientemente fuerte?».».

Pero entonces la perspectiva de Harold se amplió.

Le ayudé a recordar las muchas historias de los fieles amigos de Dios en las Escrituras que sufrieron a causa de la maldad del pecado, ya fueran pruebas de enfermedad o persecución. Harold entendió que, si bien algunos del pueblo de Dios fueron librados, muchos no lo fueron. Reflexionó sobre las vidas de José, Daniel, Jeremías, Juan el Bautista, Esteban, Pablo y, por supuesto, Job.

Mientras Harold reflexionaba sobre estos siervos sufrientes, se dio cuenta de que a veces Dios necesita personas que confíen tanto en Él que, a su vez, Él pueda confiar en ellas para ir a los lugares difíciles y hacer brillar la luz de su amor y verdad, para que, mientras sufren la confusión, el dolor y la pérdida que este mundo de pecado causa, Dios pueda alcanzar a personas con el evangelio que de otro modo no serían alcanzadas.

Recordó la perspectiva alentadora y ampliadora de Pablo:

«Porque me parece que a nosotros, los apóstoles, Dios nos ha puesto en el último lugar, como a sentenciados a muerte en la arena. Hemos llegado a ser un espectáculo para todo el universo, tanto para los ángeles como para los hombres» (1 Corintios 4:9 NIV84).

Harold comenzó a aceptar la posibilidad de que la falta de curación milagrosa por parte de Dios no era evidencia de una falta de fe por su parte, sino que, quizás, Dios sabía que no necesitaba un milagro para permanecer fiel hasta el final.

Si bien este cambio de perspectiva no eliminó su cáncer, sí cambió su corazón. Su miedo, desánimo y desesperación se disiparon a medida que confió en Dios con su vida y con el resultado final de las cosas.

Desde ese momento en adelante, en lugar de centrarse en sí mismo y en su enfermedad, procuró compartir el amor de Dios con todos los que pudo. Buscó ser un estímulo para los demás.

Preguntaba por las familias de sus médicos y enfermeras y ofrecía orar con ellos. Pasaba tiempo buscando bendecir a su familia y amigos y compartir el amor de Dios con los demás en lugar de centrarse en su propio sufrimiento.

Antes de que Harold muriera, fue bendecido al recibir una respuesta a su pregunta: «¿Por qué yo, Señor?».

Dos de los hermanos de Harold se habían alejado de Dios años antes. Eran exitosos en los negocios, ricos y prósperos, pero no tenían tiempo para Dios en sus vidas. Vivían para el mundo y Harold se preocupaba por sus almas. Había pasado años orando por ellos, por su redención y a menudo oraba: «Úsame, Padre, para alcanzar a mi hermano y a mi hermana para tu reino, si es tu voluntad». Fue esta oración la que Dios respondió.

Cuando los hermanos de Harold vieron cómo su vida se apagaba lentamente y observaron su gozo persistente, su felicidad inquebrantable, su amor determinado por los demás, sus corazones fueron convencidos. Vieron que Harold poseía algo que todo el dinero del mundo no podía comprar: una paz genuina. Se dieron cuenta de que sus vidas eran las que necesitaban sanación. Regresaron a Dios, fueron rebautizados y rededicaron sus vidas al Señor, y ahora son miembros fieles y activos de su iglesia. Verdaderamente, Harold había sido llamado a la arena para ser un espectáculo del amor de Dios para los ángeles y también para los hombres.

Poco antes de fallecer, Harold me dijo: «Dios es asombroso. Cuando el cáncer me atacó, Dios tomó este mal y obró su gracia a través de mí como el medio para alcanzar a mi hermano y a mi hermana para su reino. Si eso fue lo que se necesitó para alcanzarlos, me siento privilegiado de hacerlo. Ciertamente, «a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados» (Romanos 8:28). Puede que mi vida se haya acortado unas décadas aquí en la tierra, pero si resulta en su salvación eterna, entonces

tendré una eternidad para regocijarme con ellos y con el resto de mi familia en un mundo libre de todo pecado, enfermedad y angustia» (Jennings, T., *The God-Shaped Brain: How Changing Your View of God Transforms Your Life*, InterVarsity Press, 2013, Downers Grove Illinois, p. 145).

Harold había aprendido la verdad de lo que el apóstol Pablo escribió: «Sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados» (Romanos 8:28 NIV84). Si bien no todas las cosas son buenas —el cáncer no es bueno— ¡Dios puede y traerá bien de todas las cosas cuando confiamos en Él!

Aunque Dios no causó el cáncer de Harold, Harold se dio cuenta de que, porque confiaba en Dios, Dios podía usar su experiencia de sufrimiento para alcanzar a sus hermanos para Su reino eterno. ¡Esta comprensión no cambió la condición física de Harold, pero sí cambió la condición de su salud espiritual y mental!

Pero he visto la salud espiritual y mental de demasiadas personas empeorar porque, ante una pérdida, su dolor y angustia las hicieron vulnerables a mentiras sobre Dios y su papel en su sufrimiento:

«¿Por qué quiso Dios que muriera mi bebé?»

«¿Por qué Dios me quitó a mi cónyuge?»

«¿Por qué quiso Dios que tuviera cáncer?»

«¿Me está castigando Dios por el pecado?»

«¿Me ha abandonado Dios?»

Pero las mentiras sobre Dios no sanan; en cambio, infectan nuestras heridas mentales y emocionales y causan más angustia. Si estás afligido y tentado a dudar si Dios está contigo, si te ama o si te ha abandonado, recuerda:

«Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna. Porque no envió Dios a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él» (Juan 3:16, 17 NIV84).

«Dios ha dicho: “Nunca te dejaré; nunca te desampararé”. Así que podemos decir con confianza: “El Señor es mi ayudador; no temeré. ¿Qué me puede hacer el hombre?”» (Hebreos 13:5, 6 NIV84).

Y Pablo, quien sufrió tantas dificultades y finalmente fue martirizado, escribió:

«Antes, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó. Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios que es en Cristo Jesús Señor nuestro» (Romanos 8:37–39 NIV84).

Recuerda que Dios mismo conoce el dolor de lo que hace el pecado. Él odia el pecado, el sufrimiento y la muerte, pero te ama y está trabajando activamente para tu plena recuperación y restauración. No permitas que las emociones de desesperación y dolor te hagan dudar de la bondad de Dios; en cambio, corre a Él con tu corazón roto sabiendo que:

«Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros? El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas? ¿Quién acusará a los escogidos de Dios? Dios es el que justifica. ¿Quién es el que condenará? Cristo Jesús es el que murió; más aún, el que también resucitó, el que además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros» (Romanos 8:31–34 NIV84).

Si quieres sanar de verdad, debes recordar la verdad sobre Dios, que nunca estás solo, nunca abandonado por Él, que Él siempre está de tu lado y nunca es la fuente de tu dolor o pérdida.

Si bien la verdad de nuestra situación puede ser dolorosa, si nos mantenemos firmes y no huimos, confiando en Dios y ampliando nuestras perspectivas, nuestros corazones rotos sanarán. Pero si no somos sinceros, entonces las mentiras que creemos infectarán nuestros corazones y nuestra condición mental y emocional solo empeorará.

Si quieres sanar, debes,

Primer paso: *Sé sincero.*

Segundo paso: *Mantente firme y no huyas, incluso cuando sea doloroso.*

Tercer paso: *Amplía tu perspectiva.*

Lo que nos lleva al cuarto paso...